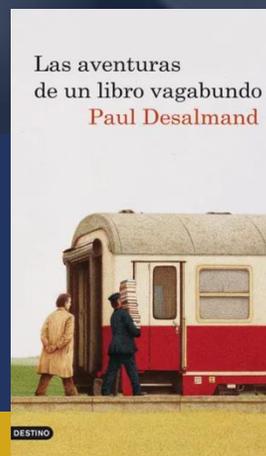


Visita
al territorio de

Paul Desalmand

Las aventuras
de un libro vagabundo
Paul Desalmand



1

Me presento

Me parecía que si el libro permanecía ahí, sin que yo lo abriera, empezaría a hablar con una voz que no he olvidado, que tal vez de noche se pondría de pie, tomaría forma y rostro humano...

NICOLE VEDRÈS

Una novela debe empezar con una bofetada y terminar con un puñetazo, me dijo un hermano de papel. Según otro, es estrictamente necesario que aparezca un cadáver en el primer capítulo. Todos se mostraron confusos ante mi proyecto. Sólo deseo contar mi vida como libro de forma lineal. Así que empezaré, sencillamente, por el almacén al que me llevaron a la salida de la imprenta, continuaré con las librerías y las bibliotecas en las que he vivido, que fueron el escenario de largas discusiones entre compañeros de estantería —incluso llegué a hacer un amigo—, y, sobre todo, ahondaré en mis lectores, ya que vivía para ellos.

No escribo una novela, sino el testimonio de los principales acontecimientos de mi vida. «*All is true*», como diría el pedante de Balzac. Mi existencia ha sido convulsa. Con todo, si las páginas que siguen tienen algún valor, se debe a su veracidad.

Tengo más de veinte años, así que ya no soy un jovencuelo, pero me conservo bastante bien por lo que he bregado. También es verdad que me han hecho un *lifting*. Con tal de mantener un poco el misterio, tan sólo no mencionaré tres cosas: mi autor, mi título y el nombre de mi editor.

Nací el 17 de junio de 1983, a las 16.37, en la imprenta de La Manutention, en Mayenne. Formato: 16,5 centímetros × 12,5 centímetros.

Peso: 230 gramos. Número de páginas: 224. Tipografía: Garamond. Cuerpo: 12. Tipo de papel: papel volumen de 90 gramos. Seis dibujos de Jean Mulatier. Tirada: 800 ejemplares numerados de 1 a 800, y veinte ejemplares sobre papel japonés numerados de I a XX con la ilustración de la cubierta y grabados originales de Marc Pessin.

Y varias erratas, como cualquier edición original que se precie. De hecho, mi autor decía haberlas añadido adrede. Casi ningún espacio en blanco. No una edición de lujo, pero sí mucho más cuidada que las habituales en rústica. En el lomo tengo una larga cicatriz, apenas visible, cuya historia contaré más adelante. Mi cubierta está muy lograda. Ha desempeñado un papel fundamental en mi existencia y, al menos una vez, me ha salvado la vida.

Lo único que me molesta es el código de barras, que encuentro demasiado grande. Me da la impresión de parecer un camembert. El código de barras es un signo de los tiempos. Se clasifica. Se ordena. El burgués no es tanto el que posee algo, como el que clasifica. A veces me entristece pensar en la cosificación del libro, en la pérdida de su sacralidad, pero me digo que estoy viviendo una época muy convulsa y que no debo desalentarme.

Antaño no se era muy pródigo con la vida humana, pero sí con los objetos. Se ataban los libros a los muros o a los pupitres con cadenas. Un iluminador podía consagrar un año entero a la ilustración de una obra. Hoy, en nuestra sociedad, al menos, la vida humana tiene un inmenso valor, pero los objetos son desechables. Incluso la gente que nunca había tirado un libro ha empezado a hacerlo desde la aparición de libros a dos euros. Los editores, volcados en la actualidad, que conciben los libros como si fueran revistas, han contribuido a dicho fenómeno.

El relato de mis aventuras y desventuras demuestra que, pese a los códigos de barras y otras clasificaciones internacionales, he sido amado, he amado, he encontrado librerías y lectores dichosos. Junto al sinfín de fuerzas que tienden a convertir la humanidad en un hormiguero, existen otras fuerzas de signo contrario que evitan la muerte de la inteligencia y lo imprevisible. El libro está de su parte.

Tanto da lo que me ocurra; considero que mi vida ha sido plena porque he sido leído.

2

El almacén

Abandonamos sin pesar el manuscrito a la crítica roedora de los ratones porque ya habíamos alcanzado nuestro objetivo: ver con claridad en nosotros mismos.

KARL MARX

No vi la luz durante demasiado tiempo. Al salir de la imprenta, una vez seco, me encontré en una caja en compañía de cuarenta y nueve clones, Noche y silencio. Mi editor me hizo imprimir en junio pero no llegué a la librería hasta septiembre. O eso es lo que entendí de los comentarios del encargado de logística. De ahí la primera metedura de pata. El autor, que se hizo con una veintena de ejemplares, los mandó a los periódicos. *Le Canard enchaîné* publicó una reseña tan magnífica de mi clon que los compradores potenciales se abalanzaron a las librerías, pero como el editor carecía de comerciales, los libreros no estaban al corriente de la novedad. Cuando el libro estuvo disponible, la fiebre ya se había disipado.

Tendría que permanecer tres meses en ese almacén recalentado y, según el parte meteorológico, con previsión de canícula. Bajo el techo de chapa estábamos por lo menos a cincuenta grados de temperatura. En mi embalaje de plástico aislante térmico, calculo que unos setenta. Sí, vaya idea de bombero, la de mi editor. Lo que más me fastidiaba era que cuando volviera a ver la luz, suponiendo que volviera a verla, ya no sentiría nada. Ciertos lectores adoran el olor de los libros recién salidos de la imprenta. Dicen que les gusta el olor a tinta, pero en realidad es olor a cola. Da igual. Fantasean. Un libro sólo huele cuando es muy joven o cuando ya tiene una edad.

Un librero de viejo de la Rue de Rome, cuando le ofrecen un libro, lo primero que hace es recorrer la encuadernación y los pliegos con la nariz, para asombro de su interlocutor. Así deduce, de inmediato, si el volumen ha permanecido largo tiempo en un garaje, en un sótano, cerca de una cocina, en una casa próxima al mar, si pertenecía a un hombre o a una mujer, y si ha sido restaurado químicamente.

Mi editor no era un buen gestor, pero era un hombre con oficio, cosa cada vez más rara. Contrató a Cédric Malécot de maquetista, pese a que el joven técnico tardaba el doble que otros en componer un texto. Cédric reservaba espacio para sutiles colofones, velaba por las particiones de palabras al final de las líneas, y elegía la tipografía y el cuerpo en armonía con el discurso.

No me quejo. Habría podido ser peor. Mi editor fue mi padre, pero un padre negligente, de los que sólo se interesan por su hijo al cabo del tiempo, si resulta ser brillante. Mi verdadero padre fue Cédric, una especie de nodriza a quien se lo debo todo. El lector que recorra mis páginas, salvo que sea un palurdo, sentirá que un artesano concienzudo y virtuoso presidió mi destino. Para los profanos, eso carece de importancia, pues sólo se fijan en el contenido. Ignorantes... Todo tiene su significado. Es como beber un gran vino en un vaso de mostaza; no sabe igual.

Cédric no se encargó de la cubierta, pero supervisó el trabajo de Brice Beauprêtre, otro ser extraordinario. El juego de rojos vivos sobre el fondo gris está particularmente logrado. Hay que tener cuidado con el blanco. Ni blanco roto ni de color crema, sólo blanco puro.

Si yo fuera el responsable de fabricación en una imprenta, consagraría todos mis esfuerzos a encontrar un blanco perdurable para las cubiertas, que no se volviera gris con el tiempo ni revelara la edad de los libros. Pero yo no soy jefe de producción. Seguía en mi caja recalentada y oscura, en un almacén a las afueras de París, en compañía de decenas de millones de compañeros. Compañeros enemigos, a fin de cuentas, ya que cada uno tendría que encontrar su lugar en detrimento de los demás.

Noche y letargo. Y, desde hacía un tiempo, una angustia sorda. Al principio, la ausencia de luz y de ruido me impedía distinguir el día de la noche, como a un espeleólogo sumido en las entrañas de la Tierra, pero

empecé a oír, con cierta regularidad, unas dentelladas. ¿Cómo habían logrado los ratones penetrar en ese almacén ultramoderno? No lo sé. El caso es que estaban ahí. Gracias a ellos, logré contar los días que faltaban hasta mi llegada a la librería, porque los ratones parecían no ir al tajo hasta la noche, y no detenerse hasta la mañana. Estaba aterrado. Se suele decir que el peor destino para un libro es la guillotina, pero sólo es verdad a medias. El libro que se manda destruir vuelve a ver la luz. Conserva así, hasta el último instante, un atisbo de esperanza, ínfima si se quiere, por ejemplo, caerse del camión, pero esperanza al fin y al cabo.

Además, se trata de una muerte... yo no diría que limpia, porque no existe la muerte limpia, pero sí que tiene la virtud de ser expeditiva. No, lo más triste es no salir nunca de la caja, ser mordisqueado lentamente por un ratón o una rata. Una tortura interminable, como un cáncer lento; ser roído larga e imperturbablemente. Sé que la esperanza es lo que perdura una vez que se pierde, pero, para entonces, yo ya la había perdido del todo. Tenía la certeza de que dentro de poco me habrían reducido a cuatro migajas que se barren en un pispás.

Las primeras veces, los roedores parecían lejanos y poco numerosos, pero se fueron acercando y su número creció. Tal vez exagere. Puede que no superaran el medio centenar, pero de noche, en ese almacén, armaban un ruido ensordecedor, como un ejército, un estruendo que resonaba en el silencio. Comenzaban en un momento preciso, de forma brusca, y ya no se detenían. Eran infatigables. Hasta que seis o siete horas después, con la misma brusquedad, se paraban.

Tenía miedo, pero al mismo tiempo prefería esa ansiedad al estado comatoso anterior, ya que al menos me sentía vivo. Intuía que me libraría de ellos, que encontraría a mis lectores. Tenía tanto miedo que empecé a hablar, y no dejé de hablar ni con mis vecinos, que eran menos parlanchines que yo, ni conmigo mismo.

Según mis cálculos, debía de ser mediados de agosto. En un mes, ¡libre! Era cuestión de medir mis fuerzas, de ahorrar energía. Lo más difícil estaba por llegar. ¿Quién sería el primer lector en cogerme de la pila, sospesarme, echar un vistazo a la ilustración de la cubierta, hojear varias páginas, volver a dejarme, cogerme de nuevo y entrar en materia?

¡Yo no quería morir así!, aguardando la verdadera vida, tras constatar el propio atolladero, sumido en la oscuridad, preso de las sombras eternas, condenado a morir suavemente, como los que se duermen en la nieve y no se despiertan jamás. No quería vivir largo tiempo sin haber llegado a vivir de verdad. Sabía que ése es el destino de la mayoría de libros, pero yo no era como los demás; yo quería ser devorado, en el buen sentido del término.

3

Mi primera librería

La esperanza brilla como una brizna de paja en un establo.

PAUL VERLAINE

¡Al fin! Cuando los ratones dejaron de mordisquear, las puertas del almacén se abrieron estrepitosamente. Al silencio le sucedió el estruendo; a la quietud, la agitación. Sentí una brusca sacudida y, a continuación, cómo era conducido en una carretilla y arrojado sin miramientos a un camión; luego me encontré en un nuevo almacén, después, a bordo de un tren, de otro camión, en otro almacén, y finalmente en un coche particular, que me condujo, según comprendí, a la librería Dunoc en Métagna, cerca de Pézenas. ¡Qué alegría! Al fin encontraría a mi lector.

Al menos eso es lo que me dije, ya que permanecí en la sombra. Las cajas se amontonaban al fondo de la librería, pero era capaz de oír lo que ocurría. En ocasiones era extraño; en cualquier caso, me parecía mucho más divertido que estar en el almacén en plena canícula. Incluso tenía un poco de frío, pues la tienda estaba climatizada. Los días se sucedían, pero yo seguía en la caja, al acecho. La actividad de la librería me permitía contar los días. Viví grandes momentos y otros un poco tristes, así como algunos tragicómicos; por ejemplo, una sesión de firmas de libros.

Octave Dunoc, el librero, tenía mucha labia. Era un comerciante nato, que se creía capaz de vender cualquier cosa. Una vez decidió ayudar a un amigo suyo del instituto que acababa de publicar un libro sobre Spinoza en Éditions du Vent, una editorial de autoedición. Montó una sesión de firmas y convenció al autor para que viniera desde París, asegurándole que

vendería toda la tirada. Él le demostraría que bastaba con saber cómo hacerlo. La comunicación se basaba en pequeñas argucias infalibles.

Conservo un recuerdo muy preciso de la situación, porque me identifiqué tanto con el autor que sufrí lo indecible. No acudió nadie. Era su primer libro y su primer encuentro con el público. Aunque ya no era del todo joven, desde una perspectiva editorial, su alma era como la de un niño pequeño. La máquina de sueños le carburaba. La multitud. Las admiradoras. Los notables que lo invitarían. La prensa del día siguiente. Su aptitud para el cálculo mental le permitió amasar una fortuna. Su mujer, por fin, le iba a tomar en serio. Al fin podría hacer un regalo a sus hijas y pagar a su corrector. Podría... Nada. Ni un alma. Ni Dios. Al cabo de una hora, una mujer cuyos talones repiqueteaban se dirigió a él:

—¿Tienen sacapuntas?

Transcurrieron dos horas más. Parecía que la labor de promoción había sido contraproducente, ya que, de costumbre, el sábado por la tarde la librería estaba concurrida. El caso es que un partido de rugby retenía a los hombres frente al televisor, y una fiesta escolar concentraba a las madres. El autor empezó a refunfuñar, y tuvo un amago de crisis de asma. A mí me dolía su pecho. Fue entonces cuando dos niñas entraron en la librería, parloteando. Octave Dunoc se abalanzó hacia ellas para preguntarles qué deseaban.

—Quisiera un libro para mi papá. Hoy es el día del padre. Pero no sé cuál...

—¿Cómo se llama tu papá?

—Patrick.

—Patrick ¿qué?

—Patrick Klotz.

—Ya sé cuál le gustará. Acabamos de recibir un libro muy bonito sobre Spinoza. Y el señor se lo puede dedicar. Puede que tu papá no haya leído a Spinoza, pero con este libro le entrarán ganas de leerlo.

—Sí, señor.

Así que la niña se fue con el *Análisis espectral de los complejos discursivos en la ontología de Spinoza* bajo el brazo, un ladrillo de

seiscientas páginas que la cajera se esmeró en envolverle con papel de flores y un lazo.

Para sorpresa de su amigo, el autor no se alegró particularmente de la venta, sino que incluso desencadenó una riña. El insigne espinozista tuvo que pedir un taxi para transportar sus cajas a la estación de Pézenas, y pagar el billete de tren de su bolsillo. Me habría gustado conocer la versión del episodio que le contó a su mujer.

En una librería se oye de todo, igual que delante de un cuadro. También recuerdo muchas escenas cómicas, como la de los dos estudiantes de bachillerato que no recordaban el título que les había recomendado su profesor de francés:

—Creo que es *La Princesse de Crève*^[2].

Por su parte, los colegiales llegaban con una lista de la que debían elegir dos libros.

—Señora, ¿podría decirnos cuál tiene menos páginas?

En la misma tónica, un chico se disponía a comprar *El rojo y el negro*, por recomendación de su maestro, mientras su madre intentaba disuadirle:

—Pero ¿has visto lo gordo que es? ¡No lo vas a leer en toda tu vida!

Ciertas cosas hay que haberlas oído para creerlas. Como el señor —al que, desde mi caja, imaginé encopetado y envarado— que pedía una «*Madame Bovary* en una edición del XVIII», y que se puso furioso cuando intentaron argumentarle que tal edición no podía existir por una cuestión cronológica.

—En lugar de hablar por hablar, díganme, simplemente, que no tienen ninguna. ¡Iré a buscarla a otro sitio!

Debía de contar como los italianos, que llaman *ottocento* al siglo XIX. Luego estaban los que querían *Madame de Bovary*, atribuyéndole una aristocracia por la que murió y que jamás poseyó. O los que pedían «la *Madame Bovary* de Balzac».

Permanecí tres meses en la caja. Había sido enviado al sur, distribuido automáticamente por el editor en depósito, facturado pero pagable a largo plazo. El librero podía venderme en poco tiempo, de acuerdo con los objetivos del editor, o, en caso contrario, tenía la posibilidad de «devolverme», cosa que significa, en lenguaje llano, mandarme de vuelta al

almacén. El plazo para la devolución varía, pero en esa época era de tres meses. A menudo, el librero devolvía las novedades que no había vendido al concluir ese plazo, ya que sus letras vencían.

Según mis cuentas, habían transcurrido tres meses y pico. Seguía en la sombra, resignado a escuchar, ya que ni siquiera habían abierto la caja, por lo que no había abandonado mi noche. Estaba en Métagna, arrabal de Pézenas, en el almacén de un necio^[3]. Al nonagésimo día, le oí bramar:

—¡Ya basta de depósitos! ¡Estamos invadidos por toneladas de mierda! ¡Devolvedlo todo!

Así que me fui sin haberme aireado siquiera —camiones, tren y otros medios de transporte varios—, en dirección al lugar de partida, al extrarradio sur de París. Mi destino estaba sellado. La muerte. Un libro «devuelto», a no ser que se trate de una edición de lujo, está condenado a la destrucción, a la guillotina. Los libros de lujo son restaurados por verdaderos maestros, pero, para los demás, el destino es implacable. ¡La guillotina!

4

Salvado por un bandido

Yo haría una novela en la que pondría en escena un canalla, pero un verdadero canalla, asesino, ladrón y corsario, que terminara con esta frase: «Y bajo esta enramada que he plantado, rodeado de una familia que me venera, de niños que me quieren y de una mujer a la que adoro, disfruto en paz del fruto de todos mis crímenes».

CHARLES BAUDELAIRE

La destrucción de libros es la parte más vergonzosa de la edición. Lo demuestra el hecho de que no se permitan visitas. Se suele aducir cortésmente que es para no herir la susceptibilidad de los editores y los autores, como si los editores no supieran qué títulos ordenan destruir, o como si los autores no supieran que su obra maestra no ha cumplido las expectativas depositadas en ella. La realidad es que triturar más de cien millones de libros al año de entre los quinientos millones que se fabrican, es decir, más de una quinta parte de la producción, no es nada glorioso, de ahí que los responsables prefieran correr un tupido velo sobre semejante osario.

En el curso de nuestras conversaciones nocturnas entre libros, la guillotina era el tema más recurrente. Muchos lo consideraban el más ignominioso. Según los más enterados (a menudo me preguntaba cómo podían estar al corriente), la máquina era impresionante y vulgar al mismo tiempo. Funcionaba como una destructora de papel de oficina o como un camión de la basura, la única diferencia eran sus dimensiones. La máquina destructora de libros es alta como un edificio de cinco pisos y mucho más ruidosa.

El procedimiento es sumamente simple. El distribuidor se las ingenia para devolver los libros invendibles. Los compacta y, en ocasiones, los somete a azul de metileno. Una empresa los recoge. A continuación, los libros, o lo que queda de ellos, son trasladados en una cinta transportadora hasta un conducto por el que desaparecen para siempre. A veces, los libros procedentes de bibliotecas, de fondos de libreros o de pequeños editores no son compactados, pero su destino es idéntico. La muerte. Y su reciclaje para fabricar nuevos libros que algún día, tal vez, serán devorados por la máquina destructora. La rueda de la economía gira. A su manera, el libro se reencarna.

En el camión que me conducía, en principio, a mi destino, así como en los que nos precedían, se amontonaban documentos administrativos. Para ser precisos, 165.000 ejemplares de la *Constitución europea*. Sí, lo habéis oído bien: 165.000. El funcionario al cargo de la edición no se tomó la molestia de revisar las pruebas de imprenta, y todos los ejemplares contenían una página en la que figuraba «¡texto incoherente!». ¿Quién fue el artífice de dicha indicación? Nunca se supo. Por otra parte, la indicación no aparecía en las pantallas de los ordenadores, cosa todavía más extraña. El envío de los primeros ejemplares provocó varias reacciones que hicieron cobrar consciencia de la magnitud de la tragedia.

En fin, que se ordenó destruir toda la edición —cincuenta toneladas— a costa del contribuyente y, a expensas del cerdo pagador, por supuesto, reimprimirla de nuevo, para gran alborozo del impresor. El departamento encargado del desaguizado dependía del ministerio de Interior.

Era como para sublevarse, pero ante la muerte, los problemas se relativizan. Con todo, la suerte estaba echada. Mi editor había dado instrucciones muy sencillas: todos los ejemplares devueltos debían ser destruidos. No era muy lógico, teniendo en cuenta lo reducidas que eran sus tiradas, pero a veces la edición tiene su propia lógica, que no se rige por la lógica.

Fui salvado por unas circunstancias inesperadas. A fin de no comprometer a los que me pusieron al corriente de lo sucedido, me veo obligado a ser vago en mi relato, cosa que lamento, ya que el proceso fue sabroso y de una inteligencia diabólica. Digamos que en ese centro de

distribución, se constituyó una especie de mafia que desviaba partidas enteras de libros cuyo destino era la guillotina. Por medio de un complejo mecanismo, éstos eran devueltos al mercado, aunque el librero que los compraba los tenía a mucho honor.

Poco después, el jefe de la banda al que debo la vida se retiró de los «negocios». Se instaló en una pequeña ciudad de provincias, donde era respetado por todo el mundo, y vivía apaciblemente del fruto de sus rapiñas, rodeado de su amantísima familia.

En otras circunstancias, tal vez habría protestado contra tales procedimientos, pero como es de suponer, me guardé bien de ello. Por una vez que se cumplía el adagio de «No hay mal que por bien no venga», no iba a quejarme. Dos semanas después de librarme de ser triturado, me encontraba en una caja, como nuevo, camino del sur.

Mi destino ha querido que mucho después, ya utilizado, desembocara en la misma cinta transportadora de la misma máquina destructora, avanzando hacia la guillotina fatal. Pero ésa es otra historia.

5

Un librero de ensueño

Si un hombre sabe pronunciar el mejor sermón, escribir la mejor historia o construir la mejor ratonera, entonces puede irse a vivir en medio del bosque, porque la muchedumbre de visitantes hallará un sendero hasta su puerta.

RALPH WALDO EMERSON

Una vez superadas mis tribulaciones, me encontré en la librería *Préférences*, propiedad de Pierre Landry, en el número 12 de la Rue Riche, en Tulle, cerca de la catedral. La diferencia respecto al vendedor de la papelería de Métagna era tan acusada que, en una novela, si la trama diera un vuelco así se consideraría inverosímil. Pierre, oriundo de Quebec, vivía en Tulle desde hacía diecisiete años y era librero desde hacía diez. Era un ser extraordinario. El nombre de su librería era el título de un libro de ensayos de Julien Gracq. Cuando le gustaba una obra, era capaz de encargarse de cien ejemplares de golpe. Como me colocó en la parte inferior de una enorme pila de libros, permanecí varios meses en su librería, de lo que no me arrepiento en absoluto. Su librería era un lugar mágico en el que cada día ocurría algo. Su funcionamiento no era nada convencional. Estaba abierta trescientos sesenta y cinco días al año —trescientos sesenta y seis los años bisiestos—, de nueve a siete y media, sin interrupciones. Un horario tan sorprendente que, la mayoría de veces, los interlocutores no se daban cuenta de que, de hecho, permanecía abierta todos los días.

Pierre amaba los libros y sólo los elegía por gusto, lo que no le impedía, por supuesto, encargarse de títulos ajenos a su especialidad. En ocho años de

actividad jamás había aceptado libros en depósito ni había hecho devoluciones. Poseía diez mil libros a disposición de los parroquianos. No los había leído todos, pero creía en las afinidades y se esforzaba por leer en poco tiempo los que encargaba. Era un librero que leía en lugar de un librero de esos que se conforman con contar. A veces incluso regalaba libros. Durante mi estancia, obsequiaba con *Diadorim*, del brasileño João Guimarães Rosa, una novela verdaderamente deslumbrante, según decía.

La gente con sentido común, que tanto abunda, intentará convencerlos, con un despliegue de argumentos irrefutables, de que una librería así está condenada, inevitablemente, a la quiebra. Con todo, Préférences funcionaba. Pierre no vendía libros a la moda. Entre su fondo figuraban los dieciocho títulos de Gracq publicados por Corti, a los que se sumaban los de La Pléiade. Char siempre era venerado. Faulkner era considerado un grande. El estante de poesía estaba muy bien abastecido. La librería estaba repleta: Borges, Tolstói (*Guerra y paz*), Jacques Roumain (*Gobernadores del rocío*), Cormac McCarthy, Octavio Paz, Ibn Khaldûn (*Libro de los ejemplos*), Leopardi (*Zibaldone*), Bohumil Hrabal (*Bodas en casa*), Salinger, Michon (*Vidas minúsculas*), Georges Perros, Chalamov y otros muchos que me enorgullecía de frecuentar. En fin, la antítesis del librero de una ciudad cercana que respondió a un cliente que le preguntaba por La Pléiade de Char: «¿Quién dice?».

Pierre Landry, un ser a todas luces extraordinario, incluso fue el artífice de la reedición de un libro. Le habían regalado *Les Coups*, de Jean Meckert, publicado por Pauvert. El libro estaba agotado, pero le gustó tanto que le dijo a la representante del sello de bolsillo de Gallimard: «Haz saber a tus jefes que un loco de Tulle comprará mil ejemplares si lo publicáis en bolsillo». La bella Isabel lo leyó y, subyugada, defendió el título con uñas y dientes y logró convencer al director de la colección. Hoy el libro forma parte del catálogo de Folio, la colección de bolsillo de Gallimard, y Pierre no fue del todo ajeno a ello. Además, ha vendido varios centenares de ejemplares.

Esta gran librería pequeña era un lugar de encuentro para entendidos. Pierre les ofrecía té, café o una copa de vino de Burdeos. Los lectores pasaban el rato y discutían. Se trataba de una especie de pequeño centro

cultural al que, de vez en cuando, acudía algún escritor, reclamado por sus fieles. Allí pasé unos días maravillosos y recuperé la confianza en mí mismo. Con todo, yo no diría que se sacralizase el libro, ni que fuera objeto de culto; en absoluto. Sencillamente, se le profesaba un amor desmesurado, cosa que basta. En primer lugar, se consideraba que el libro está hecho para ser leído. No obstante, Pierre había constatado un hecho peculiar al respecto. Algunos clientes —aunque apenas osaba utilizar esa palabra tan mercantil—, algunos feligreses, digamos, compraban a la par la edición de lujo de *La Pléiade* y la de bolsillo de Folio de un mismo título, de *Bella del señor* o de *El rojo y el negro*, por poner un ejemplo. Un libro para leer y el otro no diré que para alardear —porque no es propio de esta clase de comprador—, pero sí por el placer de poseer un libro hermoso.

Pierre no creía que las grandes superficies como la FNAC fueran un peligro para los buenos libreros, ya que no son exactamente lo mismo. Pensaba que el precio único del libro había beneficiado, sobre todo, a los grandes distribuidores. Si se abandonara por completo supondría una verdadera catástrofe, cosa que no significaba que un librero con oficio, coherente, no pudiera vivir perfectamente a la sombra de una tienda FNAC e, incluso, beneficiarse de ella. Incluso llevaba la paradoja hasta el extremo de defender que la liberalización del precio del libro no perjudicaría en absoluto a los libreros que practicaban la alta costura. Más de una vez le escuché decir que no faltaban lectores, sino buenos libreros.

Algunos lectores recorrían cien kilómetros para pasar una hora o dos en ese pequeño espacio donde soplaba el espíritu. Otros incluso venían de las afueras de París tres o cuatro veces al año para abastecerse de libros. A decir verdad, era un lugar íntimo, pensado para los *happy few*.

Para un turista de paso, en la catedral de Tulle, entrando a mano derecha, hay una pintura curiosa; representa a una virgen que aplasta, con el pie derecho, una serpiente que, a juzgar por su expresión, le repugna. El cuadro, medio oculto por una estatua, ha sido objeto de diferentes interpretaciones, pero a mí me divertía adivinar en él una prefiguración de la actitud de Pierre Landry y su manera de poner en jaque la edición mercantil. Dudo si esa interpretación es muy atinada, ya que, en cierto

modo, todo el universo del no-libro le importaba un comino. Se contentaba con dedicarse a otra cosa y demostrar el movimiento andando.

6

El escritor en las librerías

No deje usted de ser acogedor.
Así no se verá morir a sí mismo^[4].

RENÉ CHAR

Aún en la librería Préférences de Tulle, presencié una escena que reconstruyo a partir de lo que oí y de lo que Pierre contó *a posteriori*. Un hombre frágil y luminoso, un león viejo todavía ardiente entró en la librería. Dio una vuelta, aceptó un café y a continuación preguntó con gran timidez:

—¿No tendrán *Si l'Argentine est un roman*, de Arnaldo Calveyra? —
Respuesta afirmativa. La conversación prosiguió y, al cabo de unos instantes, el anciano, apretando el libro contra el pecho, con los ojos húmedos, dijo—: ¡Gracias! —Y luego, tras una pausa—: ¡Soy yo!

Desde el fondo de su exilio, haber encontrado su obra en una pequeña librería de una pequeña calle de una pequeña ciudad de la Francia profunda le había conmocionado. Aún no se había recuperado del todo cuando Pierre le trajo *Journal du dératiseur*, *Le Lit d'Aurélia*, *Le livre du miroir*, *L'Éclipse de la balle*, *L'Origine de la lumière*, *Maïs en grégorien*, *Anthologie personnelle*, *L'homme du Luxembourg* e *Iguana*, *Iguana*^[5]. Todos sus libros traducidos al francés, publicados por Actes Sud con la ayuda del Centre National des Lettres.

Pierre le contó que lo había descubierto gracias a Borges. Esa misma mañana había estado hablando de su obra con una amiga, Hélène, y le había citado varias frases de *La medida de mi esperanza*:

—*Bénié sois-tu, espérance...*

Arnaldo Calveyra se unió al recital, en castellano:

—¡Bendita seas, esperanza, memoria del futuro, olorcito del porvenir, palote de Dios!

—*Bénie sois-tu espérance, mémoire du futur, parfum léger de l'avenir, béquille de Dieu!*

Oí a Pierre decir varias veces: «Que no transcurra una semana sin que me sienta dichoso». Ese día, en lo que a dicha se refiere, alcanzó una cumbre de dar y sentir dicha. Tras el encuentro, le oí añadir: «Qué frío tan hermoso. Es una alegría que me abrigará todo el invierno».

Un escritor que entra en una librería no puede resistir al deseo de buscar sus libros en los estantes. En ocasiones, llega al extremo de colocar su libro en un lugar más visible o de ocultar y volver inencontrable el de algún colega al que le tiene ojeriza. Si no encuentra al menos uno de sus títulos, es extraño que no sucumba a la tentación de preguntar: «¿No tendrán...?». En general, el dependiente no se equivoca. Una vez oí a un librero responder a un periodista que indagaba al respecto: «Se les reconoce de inmediato. Hay tanta ansiedad en su voz que se les reconoce al instante».

A veces, la situación puede volverse esperpéntica. Fue el caso de un escritor que iba a visitar a su madre. Como ya no disponía de ejemplares de muestra de su última novedad, decidió comprar uno en un quiosco que le venía de camino. Sin darse a conocer, dijo que quería ese título en particular, que le habían recomendado, para regalar a una anciana. El vendedor le contó que, para una persona mayor, era un libro demasiado complicado y que, y que..., al tiempo que le intentaba endilgar un librucho de moda. No me lo invento. La discusión se zanjó cuando llegaron a las manos.

Pero volvamos a nuestro Arnaldo Calveyra, que al salir de la librería no cabía en sí de gozo. ¿Qué otro objeto, si no los libros, puede crear lazos así entre los hombres y los continentes? A fin de no abandonarse al pesimismo reinante, tal vez sea necesario reivindicar el papel del escritor, del editor, del librero y del libro, que es, sencillamente, hacer felices a los demás.

Me sentía a gusto en la librería, pero a la vez deseaba encontrar a mi primer lector. Como formaba parte de las pilas en perpetuo crecimiento, al fin llegué arriba del todo y al cabo de poco encontré a un comprador y

abandoné la Rue Riche. A veces añoro las horas que pasé en la librería escuchando hermosas discusiones sobre libros. Una de ellas duró siete horas. Hasta se olvidaron de comer. Increíble. Si al cabo de siete horas aún te apetece pegar la hebra, con Pierre puedes hablar de todo lo divino y lo humano.

El anciano de la pata de palo

Tampoco hizo ninguna objeción para desembolsar los trescientos francos que costó una pierna de palo para Hippolyte. Emma dijo que no tenían más remedio que hacerle aquel regalo. La pierna de palo estaba rellena de corcho y estaba articulada con piezas de resorte: era un artilugio bastante complicado, rematado por una bota charolada y cubierto por una pernera de pantalón de color negro⁶¹.

GUSTAVE FLAUBERT

Mi primer comprador —siendo yo un libro nuevo— fue un señor mayor con una sola pierna que vivía en Montmartre y había ido a Tulle para arreglar una herencia. Como tenía varias horas por delante, paseó por los alrededores de la catedral y terminó en la librería de Pierre Landry, de la que salió pertrechado con varios libros de peso. Después de la muñequita, es el lector del que guardo mejor recuerdo.

En su barrio lo llamaban señor Germain. Recordaban vagamente que tiempo atrás había sido un gran campeón de esquí. Durante un entrenamiento, al llegar a la cima de un montículo a ciento cincuenta kilómetros por hora, se estrelló contra un individuo que apisonaba la nieve y que no debería haber estado ahí. Fue imposible evitar que le amputaran una pierna. Cuando el locutor de France Inter le preguntó por lo sucedido, respondió con una hermosa sentencia de Nietzsche: «Lo que no nos mata nos vuelve más fuertes». Durante tres días, todas las emisoras retransmitieron su respuesta, pero pronto se convirtió en una cantinela.

Su federación le proporcionó una pierna ortopédica casi perfecta, una pequeña maravilla de la técnica, con la que incluso se podía practicar el

alpinismo, pero no tardó en cansarse de ella. En un anticuario, se compró una vieja pata de palo que golpeaba contra el suelo porque tenía la almohadilla de caucho muy gastada.

El señor Germain hizo una cruz sobre la vida física, sobre el deseo de agradar e incluso de desagradar, y se volcó por completo en la literatura. Los ingresos del seguro le permitían disponer de todo el tiempo del mundo. Escribía poco; tan sólo poemas en las guardas de los libros, a lápiz, para que se pudieran borrar. Jamás se le pasó por la cabeza la idea de publicar. A veces pensaba que la pierna que ya tenía en la tumba sólo había sido una desgracia a medias.

Compraba muchos libros, tanto nuevos como de ocasión, pero diferenciaba muy claramente los libros que se atesoran de aquellos de los que uno de desprende. Tuve la suerte de formar parte de los primeros, ya que el señor Germain era, ante todo, un relector y no tanto un lector. Solía decir a los pocos amigos que le visitaban que un buen libro es aquel que se puede leer cien veces sin llegar a agotarlo nunca. Vivía solo, sin mujer. Tal vez tuviera alguna aventura fuera, pero yo no estaba al corriente.

A sus más de setenta años, a veces se despertaba empalmado, cosa que le desesperaba. Habría querido estar más allá del deseo y, al mismo tiempo, era consciente de que se trataba de una utopía. El pobre Orígenes se había emasculado con ese fin, partiendo del principio de que «Para vivir felices, vivamos castrados». En vano. Ese cristiano de los primeros tiempos comprendió, un poco demasiado tarde, que todo eso está en la cabeza. Cuando se abordaban tales cuestiones, al señor Germain le gustaba contar una anécdota. «Le preguntaron a la princesa Metternich:

»—¿A qué edad cree usted que una mujer deja de ser presa de los tormentos de la carne?

»—No puedo responderle; sólo tengo sesenta y cinco años.»

Vivimos casi conyugalmente durante tres años. A veces me cogía del estante y se sentaba frente a la capital, en lo alto de Montmartre —vivía en un apartamento desde el que la mirada abrazaba toda la ciudad—. Le encantaba permanecer ahí, y dejar de leer de vez en cuando para contemplar los tejados e imaginar los miles de destinos que se imbricaban, los jóvenes colmados de incertidumbre sobre su porvenir, los ancianos llenos de certeza

acerca del suyo; los que se amaban, morían, calculaban, volaban, mataban, tal vez.

Al oír el fragor de los cláxones que subía hasta su balcón, solía recitar a Lucrecio:

*Suave mari magno, turbantibus aequora ventis,
e terra magnum alterius spectare laborem;
non quia vexari quemquamst est jucunda voluptas,
sed quibus ipse malis careas quia cernere suave est*^[7].

Pasábamos grandes ratos juntos y luego me volvía a colocar en la estantería, siempre en el mismo lugar. Me enorgullezco de ser el último libro en el que escribió un poema, pocos meses antes de morir. Recuerdo su poema de memoria por razones que el lector comprenderá más tarde.

Nada más que las palabras

Sólo tengo las palabras.

Todo ha sido arrojado por la borda.

Las palabras me sirven de reserva, de munición,
de vigía, de estrella polar, de faro en la bruma;
me bastan para avanzar,
y me ayudan a entrar en calor.

Sólo tengo las palabras,
que ensablo y sacudo,
cuando la barcaza deriva hacia una rada oscura,
que mezclo y entremezclo,
con la secreta esperanza de que algún día
harán entrar en calor el corazón de otros hombres.
Ligero, sin lastres,
con las palabras como únicas compañeras.

La muerte puede venir.

Ya no tengo nada que perder.

Los herederos, unos primos lejanos, vendieron el apartamento muy deprisa y, sin molestarse siquiera en echarle un vistazo, se deshicieron de la biblioteca. La compró Veyrier, un librero de viejo del rastrillo de Clignancourt-Saint-Ouen, que tenía la loable costumbre de clasificar los libros por la rúbrica y por orden alfabético.

Conversaciones en una librería de viejo

Tengo sed de una conversación que no sea una ceremonia.

STENDHAL

Al anochecer, en nuestros estantes, silenciosos durante el día, reinaba una algarabía de mil conversaciones que no cesaban hasta el amanecer. A menudo parloteábamos, pero en ocasiones el debate se avivaba, como dicen en la televisión. A veces establecíamos un tema de discusión. Casi nunca lográbamos ceñirnos a él, como si fuéramos barcos de cabotaje que se pierden en alta mar. Recuerdo la noche, en el puesto de libros de Veyrier, justamente, en que decidimos poner en tela de juicio la fórmula según la cual las palabras se las lleva el viento, mientras que los escritos perduran. Evocamos el sinfín de libros destruidos para siempre y las tradiciones orales que han pervivido a lo largo de los siglos. Incluso las religiones del Libro son fruto de una larga tradición oral, se trate de la Torá, de la Biblia, del Corán o los Veda. También comentamos que con el tiempo el papel se desintegra y la tinta se difumina, pero pronto abandonamos el tema porque todos queríamos ahondar en nuestro propio destino.

Una *Cartuja de Parma* se lamentaba de no haber tenido más que un solo lector, que había tardado más en leer la novela que Stendhal en dictarla. Cincuenta y tres días, como se sabe. Una *Náusea* publicada en la colección Blanche le respondió:

—No se queje; al menos llegó hasta el final. ¡Si contara los lectores que me han abandonado a la mitad! Aunque algunos han llegado a mi

conclusión falsamente optimista... ¡Incluso le di un vuelco a la vida de un adolescente!

Una edición príncipe de Mirbeau observó que la peor situación, a todas luces, era la suya: una edición de lujo a la que nadie había cortado las páginas, a lo que *Eugénie Grandet* contestó que había algo más triste todavía, el libro al que sólo le han cortado las primeras páginas y, en ocasiones, las últimas. Evocaron a una abuela, llamada Denise, que se negaba a cortar las páginas y se conformaba con leer lo poco que entreveía al separarlas.

Luego la conversación derivó hacia las «trufas». Esta palabra del gremio designa todo aquello que los lectores ponen u olvidan entre las páginas de los libros: hojas de árboles, pétalos, briznas de hierba, tréboles de cuatro hojas, cartas, entradas de espectáculos, tiques de metro o de autobús, fotos, cuentas de restaurantes, hebras de tabaco, postales, naipes, cerillas, números de teléfono, migas de galletas, trozos de uñas cortadas, pajas, granos de arena... Por no hablar de los que utilizan preservativos como puntos de libro.

A propósito de la desvergüenza de ciertos individuos, *La cartuja de Parma* confesó que le horrorizaba apestar a tabaco por culpa de su único lector, que era un inveterado fumador de pipa. Atribuía a este hecho su abandono, ya que Stendhal seguía siendo leído. En ese instante sentí la tentación de contar por qué huelo a crema Ambre Solaire, pero me contuve.

A continuación la discusión se desvió hacia otro tema completamente diferente: el mal escritor, el escritorzuelo infame, infumable, que es el único que no es consciente de ello. *Sistema de las Bellas Artes* de Alain fue muy escuchado porque defendió una tesis interesante. Nuestro compañero de anaquel sostenía que la situación del escritor mediocre pero seguro de sí mismo es idéntica a la del héroe trágico. El héroe trágico cree avanzar hacia su plenitud lleno de dicha, pero está cegado y va derecho hacia el muro. Lo ignora, mientras que los dioses y los espectadores lo saben. ¿Qué se debe hacer? ¿Decírselo, acaso? No escuchará. El héroe trágico nunca escucha a su confidente. Como Edipo, se encamina hacia su destino, ciego, mucho antes de haberse punzado los ojos.

Como la cosa se estaba volviendo demasiado seria, regresamos a la cuestión del olor de los libros. Discutimos sobre los libros perfumados. Existen. Incluso alguien propuso fabricar libros cuyo olor cambiase al hilo de las páginas, que desprendiesen olor a estiércol cuando la trama transcurriese en una granja, tufo a gasolina en la ciudad, y efluvios más agradables al pasar frente a una panadería o bajo una magnolia. Resistí la tentación de hablar de mí, dividido entre la vanidad y el sentido del ridículo, pero algún día, en la intimidad, contaré de dónde procede mi olor a Ambre Solaire y por qué hay granos de arena entre mis páginas.

Me gustan esas conversaciones nocturnas cuando no son fruto de la necesidad de matar el tiempo, ni son tediosas, sino ocurrentes; cuando en «el fuego de la discusión» aprendo cosas nuevas sobre los demás y sobre mí mismo.

9

Una vida^[8]

De pronto oye, encima de él, cómo se desliza el hierro. Porque está seguro de que se oye. Si yo estuviera sentado en la mecedora, escucharía adrede ese deslizamiento y me daría cuenta.

FIÓDOR DOSTOIEVSKI

En ocasiones, a lo largo de nuestras noches de cháchara, de un vacío surgía un pequeño milagro. Es lo que ocurrió cuando el primer volumen de *Cuentos* de Maupassant publicado por La Pléiade contó una extraordinaria velada que tuvo lugar en la villa Médan, en la ribera del Sena, donde Zola convocaba a sus amigos: Paul Alexis, Huysmans, Henry Céard, Léon Hennique, Maupassant, a los que, en ocasiones, se añadían otros.

Comían, bebían, daban paseos en un bote, nadaban y discutían sobre estética y estrategia. Zola era el «maestro» incontestable, pero los demás ya habían adquirido cierta notoriedad, salvo Maupassant. Todos querían a ese pequeño toro fogoso que rebosaba de vida pese a su misantropía, aunque, como escritor... Nadie creía demasiado en ese burócrata con pretensiones literarias, que resumía toda su filosofía en una frase: «Remo, me baño, me baño y remo». A lo que se añadía un frenesí sexual desatado, la mayoría de veces con prostitutas. ¿Cómo iba a creer en el amor un discípulo de Schopenhauer?

Los miembros del pequeño grupo decidieron publicar un libro con textos de todos, una especie de heptamerón, de templo a la amistad. Lo titularían *Las veladas de Médan*. Sólo faltaba encontrar una idea. El tema común sería la invasión de Francia por parte de los prusianos en 1870. Cada

cual lo trataría a su manera, pero con la intención de contrarrestar los clichés patrióticos. Los amigos se pusieron manos a la obra. Cuando uno de ellos terminaba, organizaban una velada, en el transcurso de la cual éste leía su texto a los demás. A continuación se sucedían las discusiones y las propuestas de enmienda en un ambiente de sana camaradería.

Llegó el turno de Maupassant. Como os decía, le querían mucho, pero no creían gran cosa en ese manirroto que aún no había escrito nada convincente. Maupassant comenzó a leer. El relato que proponía se titulaba «Bola de sebo». Lo leyó de un tirón, durante más de una hora, sin que nadie lo interrumpiera ni una sola vez. De costumbre, apenas terminaba la lectura, la discusión se inflamaba. Pero esa noche, una vez leída la última frase —«Y Bola de sebo lloraba sin cesar; y, a veces, un sollozo que no había podido contener se deslizaba, entre dos estrofas, en las tinieblas»—, los siete escritores presentes, entre ellos Zola, se levantaron y, sin decir palabra, se dirigieron hacia aquel cuya incontestable superioridad reconocieron de inmediato.

No puedo escuchar esta historia sin temblar, sin que me asomen las lágrimas a los ojos. Imagino el estupor de sus amigos, pero también la inmensa alegría de Maupassant. ¿Cuánto tiempo duró esa escena un tanto solemne? No lo sé, aunque me imagino su densidad.

«Bola de sebo» apareció en *Las veladas de Médan*. Para Maupassant supuso la gloria, brutal como un cañonazo. Y el debut de una carrera casi tan meteórica como la de Rimbaud.

En una década, Maupassant publicó centenares de relatos, novelas, obras de teatro, crónicas... Sí, desde esa velada hasta su internamiento definitivo en una clínica median poco más de diez años. Un prestigio deslumbrante y luego la noche. Uno de sus relatos más inquietantes, titulado, justamente, «La noche», es una prefiguración de su destino.

El personaje-narrador ama la noche como a una amante y no sale de su casa hasta que ésta no empieza a envolver la capital. Le gusta andar por los arrabales y por los bosques cercanos a la ciudad, donde oye a sus hermanas las fieras y a sus hermanos los cazadores furtivos. Esa noche, se zambulle en un París lleno de vida, con las terrazas de los cafés resplandecientes. Se aleja de la capital y, al regresar, siente algo extraño, nuevo. La noche se

vuelve cada vez más opaca, los signos de vida desaparecen. Se pierde, pide socorro. En vano. Es presa del miedo. El mercado de Les Halles está desierto. Entonces se pregunta si el Sena aún fluye y baja por las escaleras para comprobarlo. El río está casi helado..., casi seco. Le invade el torpor. «Y sentí que jamás volvería a tener fuerza para subir de nuevo... y que me moriría allí... yo también, de hambre, de fatiga y de frío.»

El final es triste. Maupassant trató de cortarse el cuello tres veces, sufría continuos ataques de epilepsia, intentaba expresar su sufrimiento en cartas prácticamente ilegibles y, al fin, en 1892, fue admitido en la clínica del doctor Blanche, de la que no saldría vivo. Las últimas palabras de su pluma fueron: «Adiós amigos, no volveréis a verme».

Los amigos. Nunca se insistirá bastante en su importancia para un escritor. La vida de Maupassant dio un vuelco el alba en que sus amigos, atónitos, se levantaron y se congregaron religiosamente a su alrededor, tras reconocer en él, sin amargura, a un maestro.

10

Un nuevo peligro

¡Cómo progresamos! En la Edad Media me habrían quemado; hoy, se contentan con quemar mis libros.

SIGMUND FREUD, 1933

Siempre se han quemado libros. Y, en general, no se ha tardado demasiado en quemar, a continuación, a seres humanos. Me escapé por los pelos de esta muerte ignominiosa en el transcurso de una estancia por fortuna breve en Irán. Al regresar, tenía la sensación de haber salido de un manicomio. Sobreviví gracias a una llamada telefónica.

Geneviève Arenthon era una asidua del rastro y del puesto de Veyrier, por las razones que ya he apuntado. Me compró, junto con una decena de colegas, pensando en un largo viaje al extranjero que tal vez se prolongaría. Experta del Banco Central de Desarrollo, recorría el mundo a fin de llevar a cabo proyectos destinados a que el pueblo llano no fuera tan miserable, operaciones cuyo único resultado solía ser el enriquecimiento de la burguesía local, según la fórmula que denuncia que la ayuda al Tercer Mundo consiste en dar dinero de los pobres de los países ricos a los ricos de los países pobres.

Geneviève jamás se desplazaba sin un enorme contingente de libros, cosa que le ocasionaba muchos problemas en los aeropuertos al pesar el equipaje. Era una gran lectora. Leía por gusto; formaba parte de una de esas generaciones que no se avergonzaban de creer en la cultura. Tal vez, de no haber sido por la fuga de la literatura, no habría resistido la tentación de recoger velas.

Así fue como llegué a Teherán. Geneviève trabajaba en asuntos de salud y trataba a menudo con un cirujano que hablaba francés y lo leía con fluidez. Me prestó a ese médico, de modo que pasé a la categoría de libros prestados.

Psicológicamente, aquel hombre estaba construido como muchos de los que se denominan, con un punto de racismo, los «evolucionados» del Tercer Mundo, aunque representaba un caso extremo. Tenía una doble personalidad, como Doctor Jekyll y Mister Hyde. En él se yuxtaponían, por una parte, el hombre occidentalizado que participaba del espíritu científico y, por otra, un individuo enmarañado aún en el espíritu mágico o religioso, que viene a ser lo mismo. Payam era un buen cirujano. Huelga decir que en sus estudios —que cursó, en parte, en Francia— y en su práctica profesional se olvidaba por completo de Mahoma y de las suras.

Más de una vez, antes de llevar a cabo una operación, incluso había dicho para sus adentros: «Alá, permíteme que repare tus tonterías», pero nunca lo había pronunciado en voz alta, pues habría corrido un gran peligro. Con todo, se lo contó a Geneviève, en mi presencia, porque ella había exaltado su fibra adoradora y porque el amor vuelve imprudente.

Junto a ese hombre, digamos, moderno, vivía pegado un fanático del islam y, particularmente, un adepto incondicional del jefe supremo de la gran revolución islámica, el ayatolá Jomeini (que la misericordia del Todopoderoso esté con él). Este hecho me permitió asistir a comportamientos aberrantes, cómicos y trágicos a un tiempo.

En el hospital en el que trabajaba y en los coloquios sobre salud a los que asistía, era un individuo «normal». Cortés, justo en sus razonamientos, daba la impresión de haberse integrado perfectamente en la cultura occidental. Una vez en casa, casi sin transición, el Mister Hyde integrista se imponía por completo.

Su biblioteca era escasa. Apenas una cincuentena de ejemplares del Corán cuyo texto era idéntico (la versión canónica) y que sólo se distinguían por la encuadernación. Como complemento, colocada en dos estantes, la obra completa de Jomeini (que Alá le dé larga vida): *El reino de los doctos*, *La llave de los misterios*, *La explicación de los problemas*, etcétera; en total, varias decenas de títulos que poseía en persa pero

también, algunos de ellos, traducidos, especialmente al francés y al inglés. Aparte del Corán, no poseía ningún libro en árabe.

Payam había decidido encargarse de la educación de sus hijos (tenía cuatro mujeres). A horas regulares, los reunía (eran una veintena, algunos de ellos altos como tres tomos) en una sala que disponía del material más perfeccionado. En ocasiones contaba con la ayuda de un barbudo que se parecía a Rasputín. La enseñanza se basaba completamente en la filosofía del jefe de la República Islámica (que la paz de Alá esté con él) y en la memoria. Los chiquillos eran obligados (a golpes de bastón) a aprender de memoria los pasajes que debían regular cada instante de su vida.

Mi memoria ha retenido, como es lógico, los pasajes más escabrosos; por ejemplo, algunos de un libro de síntesis, del capítulo titulado «Del modo de orinar y de defecar». Reconstituyo, pues, lo que las nuevas generaciones balbuceaban a lo largo del día. «Al defecar u orinar, hay que ponerse en cuclillas de modo que no se esté de cara ni de espaldas a La Meca.» También es preciso velar por la orientación del sexo: «No basta con desviar el sexo de cara o de espaldas a La Meca; tampoco se puede tener el sexo expuesto frente a La Meca o en dirección a La Meca».

He aquí algunos de los preceptos repetidos una y otra vez a lo largo del día: está prohibido defecar en los callejones sin salida (salvo con la autorización de los vecinos), en la propiedad de otro (sin su consentimiento), en los lugares de culto y de enseñanza, y en la tumba de los fieles («a no ser que se les quiera ofender»). Se puede limpiar el ano con una piedra, con agua o con un trozo de tela. No es necesario, como afirman ciertos teólogos, utilizar tres piedras ni tres trozos de tela.

Cuando oía al barbudo explicar a los niños que más les valía entrar en los aseos con el pie izquierdo y salir con el derecho, que debían cubrirse la cabeza al evacuar, que no podían ponerse en cuclillas ante la luna o el sol, ni hablar (¡salvo a Dios!), me enfurecía y pataleaba con tanta indignación como pueda patalea un libro. Deseaba gritarles: «¡No escuchéis estas sandeces! Su único propósito es matar vuestra inteligencia, vuestra curiosidad y vuestro gusto por la aventura; convertiros en dóciles autómatas. Rechazad este embrutecimiento sistemático que aniquila vuestra humanidad. No os educan; os condicionan». No me oirían, por supuesto,

pero si pudieran, ¿qué influencia hubieran tenido mis palabras sobre esos corderitos islámicos?

Ante la insistencia de Geneviève, Payam aceptó albergarme y leerme. Pero se escandalizó tanto por los pasajes eróticos y, sobre todo, por el ateísmo manifiesto y argumentado que halló en la lectura que decidió entregarme al Comité de Incineración, un organismo oficial encargado de la destrucción de los libros que se alejaban del pensamiento del Profeta. Así que me colocó en un enorme capazo, junto con unas revistas pornográficas que había confiscado en un instituto femenino y unos libros sediciosos que descubrió en casa de unos vecinos tras una delación.

En el preciso instante en que abría la puerta de su casa para ir al Comité de Incineración, sonó el teléfono. Geneviève necesitaba verle cuanto antes. Se citaron en el centro de la ciudad al cabo de un rato. Al descubrir que su libro asomaba por el capazo, Geneviève pensó que Payam había aprovechado la ocasión para devolvérselo y lo cogió.

En el interior de Payam, el occidentalizado y el islamizado libraron un combate titánico. En su cabeza se desató una tempestad. Al fin, se impuso la cortesía (¡y hacia una mujer!), pero la escena olía a chamusquina...

Unas semanas después me encontraba en el avión rumbo a París, y dejaba atrás, con sentimientos encontrados, un Oriente de ideas en ocasiones demasiado simplonas.